La Boca de Algodón

Manuel Quintero

La Boca de Algodón

Manuel Quintero

avant
editorial

Primera edición, marzo de 2022
© Manuel Quintero 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-05-4
IBIC: FF

A Rebeca y Lorenzo, por esa amistad entrañable que alimenta el alma

La serpiente de agua crece y avanza
y va abriendo sus fauces
impenitentes, pálidas, voraces…

Nancy Morejón

No es vieja, no es joven,
La mujer con la Lengua de Serpiente,
La mejilla demacrada, el ojo hambriento,
Las palabras envenenadas que vuelan salvajemente...

Sir William Watson

1

La luna menguante bañaba el paraje con una luz pálida y magnética. El hombre que caminaba al frente mantenía la cabeza encorvada y los ojos muy abiertos, atento a las sombras donde hundía los pies. El hombre que le seguía cargaba una mochila en la espalda y sostenía una linterna en la mano izquierda y una pistola en la derecha. Avanzaban por un sendero semioculto bajo un colchón de plantas de hojas largas y estrechas con filos dentados. Del cercano cenagal brotaban zumbidos de insectos, croar de sapos y ulular de búhos, en una cacofonía de opresiva intensidad. Y el hedor de la putrefacción.

—Hay algo malo en este lugar —susurró el hombre de la pistola.

Le respondió el chillido agónico de una rana capturada por una nutria.

La cabaña se encontraba a la salida de un boscaje de cipreses corpulentos, con grotescas protuberancias como rodillas sobresaliendo sobre el humedal. La luna argentaba las

paredes de madera mohosa, las ventanas selladas con tablones y la puerta que colgaba suelta de una de sus bisagras.

—Empujas esa puerta, entras y sigues sin detenerte hasta el fondo —dijo el hombre de la pistola—. Si intentas cualquier diablura, te reviento los sesos.

El otro no respondió. Levantó las manos esposadas y apoyó las palmas en la puerta, que cedió al empuje con un triste quejido.

El interior encerraba la misma pestilencia húmeda del cenagal. La luz de la linterna reveló una silla arrimada a una mesa infestada de termitas, en la que reposaba un abollado jarro de metal. En el lado derecho, una cama angosta que incrustaba sus patas en las tablas podridas del piso sostenía una bolsa de cuerdas. En el lado izquierdo, desde la penumbra del altar, una imagen ataviada con un sombrero de copa, gafas oscuras y tapones de algodón en las fosas nasales pareció darles una maléfica bienvenida.

—Siéntate en esa jodida silla —dijo el hombre de la pistola.

El hombre esposado permaneció inmóvil junto a la silla. El rostro de nariz recta y mandíbula cuadrada iluminado por la linterna mostraba un profundo fastidio. Una chispa de soberbia se insinuaba en sus ojos de un gris azulado.

—¿Por qué no me dices cuánto más quieres y terminamos este maldito jueguito? —gruñó. Había un tono de reprimida soberbia en su voz.

—Haz lo que te digo y cierra tu cochina boca.

Obedeció cuando sintió el frío del cañón apoyándose en su frente. El hombre de la pistola se situó a sus espaldas, con la linterna apretada entre los dientes. Sin dejar de apuntarle,

usó la mano libre para extraer los guantes y la cuerda que cargaba en la mochila. La pasó sobre la cabeza y apretó el nudo corredizo en torno al cuello de su prisionero. Ató el extremo de la cuerda a una de las patas y se separó unos pasos para observar su obra. Entonces devolvió la pistola a la cartuchera, se colocó los guantes y utilizó otra cuerda para atarle los brazos. El hombre inmovilizado tosió y aspiró una bocanada de aire.

—Escucha, no tenemos que llegar más lejos. Dime cuánto más quieres y dónde quieres que te entreguen el dinero. Llamo a mi mujer y lo tienes en un par de horas. Después desapareces y no pasó nada, ¿de acuerdo?

Un dejo de súplica había aparecido en la voz nasal.

El otro retrocedió unos pasos para cerrar la puerta y acercarse al altar. Extrajo de la mochila un grueso y pesado cirio y lo colocó sobre el retablo, junto a un pote de greda para quemar incienso. Lo encendió con una cerilla y contempló el mueble consagrado a la luz áurea del pabilo. Contenía un crucifijo, urnas con cenizas, cuencos, un tazón para libaciones y una roca del tamaño de un puño con piritas fluorescentes. Frente a la silla, en el piso cubierto de polvo, había un dibujo hecho con una tiza gruesa: dos rectángulos similares en la base y encima un tercer rectángulo más pequeño, coronado por una cruz.

Guardó la cerilla en un bolsillo y sacó un gallo de negro plumaje de la mochila. Le habían atado las alas y las patas con una cinta, y sellado el pico con cinta adhesiva. Lo sostuvo en la mano derecha y el ave agarrotada lo miró con ojos despavoridos. Entonces devolvió su atención al prisionero, que probaba la resistencia de la cuerda contrayendo sus músculos.

—Puedo pagarte lo que pidas —dijo, con un tono de sumisión en su voz.

—Tu deuda no se paga con dinero, *amigo*. O quizás sí. Con mucho dinero. Con toda tu fortuna.

El hombre maniatado se agitó. Le dolían las muñecas aprisionadas por el metal y los brazos apretados por las ligaduras. La presión de la cuerda en su cuello le dificultaba la respiración. Volteó la cabeza y vio que su captor extraía una navaja de la mochila. Escuchó el chasquido del seguro y advirtió el metálico y siniestro resplandor de la hoja afilada. A la luz incierta del cirio, le pareció que el mango de la navaja imitaba la cola de una cascabel.

El verdugo se arrodilló y colocó el gallo sobre la cruz.

—El sacrificio es necesario para crear cosas sagradas —dijo.

El tajo cercenó la cabeza debajo de los ojos. El ave pareció agitar las alas, aunque ya estaba muerta. El verdugo mantuvo el cuello apretado contra el piso para que el movimiento convulso del ave no le salpicara de sangre. Cuando el movimiento cesó, se incorporó y enfrentó a su víctima.

—Tienes que pagar. Has hecho mucho daño. Siempre te creíste por encima de la ley. A salvo, protegido por esos jueces y policías que compraste con tu sucio dinero. ¿No es así, *amigo*?

Se acercó y escuchó la respiración agitada de su prisionero. Le rasgó la camisa y la navaja dibujó un corte recto y superficial en la piel del prisionero, a la altura del diafragma. Una cortadura fácil y limpia. El hombre atado a la silla sintió un latigazo de fuego en la herida y rechinó los dientes.

—No me hagas daño, por Dios. Te pagaré lo que sea.

El verdugo acercó la navaja a la altura del rostro de su víctima. El hombre maniatado cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Los druidas eran los encargados de los sacrificios humanos. Tú eres como ellos, *amigo*.

Esta vez el corte fue circular, en torno a una tetilla. El prisionero intentó esquivarlo y la cuerda se hundió con más fuerza en su carne. Enseguida, la navaja le hendió la piel del vientre, sin profundizar en la carne. Se le escapó un sordo quejido.

—Por Dios, dime qué quieres que haga.

Hubo una pausa que se le antojó interminable, mientras la sangre fluía de sus heridas. Cuando la navaja regresó, fue para sajarle una cruz invertida en el pecho. El hombre gimoteó, convulsionándose.

—Por favor, no me mates —suplicó, con los ojos muy abiertos.

Le invadió la angustia de no saber si su verdugo iba a poner fin inmediato al suplicio, o si le permitiría hundirse en la pavorosa espera de la siguiente tajadura. Lloriqueó, contra su voluntad.

—Miserable gusano, al menos ten un poco de dignidad.

Entonces, la idea de que iba a morir se apoderó del hombre atormentado. Fueron unos segundos de terror por lo que podía esperarle al otro lado de la oscuridad. Deseó morir sin demasiado dolor antes de que la rabia y la impotencia explotaran en un alarido.

—Maldito hijo de puta, mis amigos en la policía te sacarán tu cerebro de mierda a patadas.

El próximo corte le cercenó la yugular. De su garganta escapó un borboteo y luego un resuello ahogado. Sus ojos

se abrieron con incredulidad. El verdugo sintió en su mano cómo la vida de su víctima se escapaba y acercó el cuenco a su cuello para recoger la sangre. Entonces depositó el cuenco junto al cirio y la imagen en el altar. Esperó unos minutos antes de desatar el cuerpo, que se desplomó hacia adelante y quedó tumbado sobre los hombros, con la cadera flexionada y la cabeza girada hacia la puerta. De los bolsillos del pantalón del cadáver extrajo un celular y una billetera.

Se desplazó hasta la cama y abrió la bolsa de cuerdas. Del interior sacó un conjunto de camiseta y pantalón de entrenamiento, zapatillas y dos mancuernas. Cubrió las zapatillas en fundas de plástico antes de calzarlas. Enseguida se cambió y embutió la ropa y las botas salpicadas de sangre en la bolsa. Añadió el celular y la mochila. Reintrodujo las mancuernas y se aseguró de que el cordón en la boca del morral quedara bien cerrado. Entonces recorrió la habitación con el haz de la linterna. El ave y el empresario compartían la pavorosa inmovilidad de los decapitados.

Afuera, el viento arrancaba silbos dolorosos a los cipreses. Esperó unos instantes, escudriñando la oscuridad, atento a los sonidos. Regresó donde el cuerpo y lo sacó hasta el pórtico. Desde allí lo arrastró hasta el borde del pantano. Esperó unos instantes antes de empujarlo para que entrara de bruces en las aguas estancadas y quedó inmóvil, como si esperara que el otro resucitara. Hasta que el silbido agudo de un águila calva lo sacó de su estupor.

De vuelta en la cabaña, exploró el interior a la luz de la linterna. Había manchas oscuras en el piso y sangre de un rojo intenso en el cuenco. Iluminó la figura ataviada con el sombrero de copa y tapones de algodón en las fosas nasales.

—Disfruta del sacrificio —musitó.

Cargó con la bolsa y volvió al sitio donde había aparcado el auto. Antes de encenderlo, consultó su reloj. Faltaba un minuto para las nueve. Calculó que demoraría una hora en el regreso. Condujo por el estrecho camino hasta entroncarse con la *Old Spanish Trail*.[1] Un par de kilómetros adelante detuvo el auto en el sitio donde un canal de aguas pausadas se evacuaba en una laguna. Se acercó hasta el borde, balanceó la bolsa para darle impulso y la arrojó al centro del estanque. Una lechuza cruzó el cielo oscuro y emitió un grito lastimero cuando escuchó el chasquido contra la superficie del agua.

1 Carretera transcontinental que va desde San Agustín (Florida) hasta San Diego (California). Atraviesa Luisiana como la carretera 90.

2

Viernes 24 de febrero

Una semana antes, el frío pelaba los huevos. Pero ese último viernes de febrero, cuando salí a trotar, la temperatura era ideal. Así es el invierno en esta ciudad, olas frías y de calor que se suceden con insultante capricho. Lo único seguro es esa humedad que se pega a la piel y a la ropa para que sientas más calor, o más frío. Algo bueno del invierno es que reduce a la mitad la concurrencia de corredores tempraneros en el City Park. La ausencia de obstáculos humanos ayuda a mantener el ritmo en los senderos que discurren entre robles centenarios. Troté los cinco kilómetros en veinticuatro minutos.

Esa mañana me atavié con un traje azul de lana. Un detective de homicidios que se respeta no anda por ahí en mangas de camisa. Me gasto una fortuna en trajes que prometen ser ligeros, resistentes a las arrugas y lavables a máquina. Después de tres días de patear las calles, están tan transpirados y arrugados que da pena. Así que estoy obligado a tener un buen surtido en el ropero. Solo gasto más en comer. Lo de comer

bien y en abundancia es una respuesta a las penurias que sufrí en mi infancia. Mis padres se gastaban la poca plata en drogas y alcohol. Comía bien cuando me escapaba donde mi abuela. Es sorprendente que creciera sano y fuerte a pesar de esas penurias nutritivas. Se lo debo a la genética. Mi viejo Scottie fue un hombretón de seis pies y ciento veinte kilos hasta que la coca lo convirtió en un guiñapo gruñón y maloliente.

A las ocho y treinta aparqué mi Camaro en el subterráneo del Departamento en la calle Broad y me encaminé a la oficina del capitán Keenan Fitzpatrick para ver qué nuevo caso iba a endosarme. Lo encontré acompañado de un policía de exagerada corpulencia. Uno de esos tipos que se alimenta con comida chatarra y exhibe una rosca de grasa donde se supone que hay un cuello. De los que no pueden inclinarse para amarrarse los zapatos o cortarse las uñas y respirar al mismo tiempo.

Había una bandeja con sendas tazas de café y una caja de donuts abierta sobre el escritorio.

—Greg, hermano, bienvenido. Saluda al sargento Edward Brumfield, del Distrito del Dique. Y haz el favor de posar tu orgulloso trasero en esa silla.

Estreché la mano fofa y sudorosa del sargento.

—Teddy para los amigos —dijo, y sonrió. El aliento le apestaba a col hervida.

Ocupé la silla a la derecha de Teddy.

—Greg, acá el amigo Teddy nos ha traído un casito. El amigo Teddy piensa que en este departamento nos pasamos el santo día leyendo revistas para hombres y echándonos fresco en los cojones. De modo que se dijo: ¿por qué no les pido

a los muchachos de la Broad que se encarguen? Así no se aburren tanto. ¿No es cierto, Teddy?

El gordiflón se movió inquieto en la silla. La silla contestó con un quejido de dolor.

—Bueno, todos los policías de esta jodida ciudad saben de la gran vida que se dan los de este departamento. —Volvió a sonreír y mostró sus incisivos superiores fileteados en oro. —Compañeros, estamos en un momento delicado, mudándonos al nuevo edificio en Elysian Fields. Aquello es un caos. Y el tipo ese tiene su oficina en Canal.

—Ya que estamos, ¿por qué no le haces un resumen a mi colega? —pidió Fitz.

Teddy asintió y atrapó una rosquilla. Se zampó la mitad de un mordisco y habló con la boca llena.

—El tipo se evaporó el miércoles veintidós.

—Teddy, por el amor de Dios, que ese tipo tiene nombre. Y, por cierto, es mi amigo.

—Richard Hagen, así se llama el desaparecido. Salió de su oficina a eso de las seis y se esfumó. La esposa hizo la denuncia ayer, al mediodía. Desde entonces, el señor Hagen no asomó la cabeza en ningún lugar, ni llamó para decir que se quedó sin gasolina, ni contesta a su celular. Ni está durmiendo la mona donde su hermana. Circulamos las placas de su auto y tampoco aparece. No está hospitalizado, ni esperando a su abogado en alguna de nuestras acogedoras celdas de detención. Tampoco aparece registrado en ningún hotel decente.

Engulló la otra mitad de la rosca y limpió el azúcar de sus dedos con un hábil lengüetazo.

—No lo hemos buscado en moteles, es cierto. No creemos que Hagen dormiría en el camastro mugriento de algún

motel. Es un empresario con mucha lana. Y con el físico que se gasta, necesita camas supergrandes.

—¿Qué hay de la mujer de ese Hagen? —pregunté.

—Nada del otro mundo. Flaca, demacrada; desabrida, diría yo. Tiene cara de mal follada. Con una mujer así, no me extrañaría que el amigo se escapara de vez en cuando. Sin ánimo de ofender, claro.

El disgusto pasó de los ojos de Fitz a sus labios apretados.

—¿Había ocurrido antes? —inquirí.

Teddy respondió meneando su redonda cabeza.

—La mujer nos aseguró que es la primera vez. Si Richard tenía que ausentarse por negocios, o lo que fuera, nunca dejaba de llamarla. A ella, y a su hija. Una preciosidad, la chica.

Se inclinó hacia adelante para atrapar otra rosquilla y el uniforme se estiró hasta el límite sobre el dilatado vientre.

—Como decía mi virtuosa madre, por una vez se empieza.

Cuando Brumfield hizo mutis, Fitz pidió más café y me pasó una carpeta con los papeles del caso. Richard Hagen había cumplido 44 años, medía 1.90 y pesaba cien kilos. La foto mostraba un atractivo rostro caucásico de cabellos castaños, nariz recta y mandíbula cuadrada. La mirada de los ojos grises azulados era insolente.

—Dick es un buen amigo mío —dijo el capitán—. Nos conocemos desde hace más de diez años.

—¿Otro *espalda estrecha*[2] del clan? —pregunté.

—Negativo, compañero. Dick es un alemán de pura cepa, si esas cosas existen. Mi abuelo Sean se llenaba la boca

2 Apodo aplicado a los hijos de inmigrantes irlandeses que no fueron tan buenos trabajadores como sus esforzados padres.

diciendo que los Fitzpatrick somos cien por cien irlandeses, pero estoy seguro de tener medio litro de sucia sangre negra en las venas. Y otro medio litro de alcohol.

Se retrepó en su poltrona y se masajeó la frente. Fitz tiene un rostro rectangular de frente plana, nariz roma y pequeños ojos azules habitados por el enojo. Su más remoto antepasado en estas tierras fue uno de esos irlandeses que dejaron los huesos construyendo el Ferrocarril Pontchartrain y el Canal New Basin, a principios del siglo XIX. Es uno de los oficiales con más cojones de la brigada. A diferencia de otros colegas de piel clara, se apuntaba para patrullar en los barrios afroamericanos más peligrosos. Hasta que un negro sedicioso le metió un proyectil en la rótula izquierda que le dejó una cojera permanente y una tendencia a atiborrarse las venas con *bourbon*. Algunos días, cuando está de peor humor que de costumbre, comienza a beber después del almuerzo y desaparece a media tarde.

—¿Qué debo saber de ese Hagen? —indagué.

Extrajo una petaca de la gaveta del escritorio. La destapó y derramó un chorrito de licor en su café. Bebió un sorbo y suspiró.

—Esto es Bertoux, compañero, un brandy de los buenos. El truco se lo escuché a un policía español que vino por un asunto de drogas. Carajillo, lo llaman esos dagos[3]. Más discreto que el café irlandés. ¿Conoces la taberna Dedalus, en la avenida Conti? Hacen el mejor café irlandés en esta jodida ciudad. Si alguna vez caes por ahí, le dices al barman que

3 Término insultante y despectivo para referirse a una persona de nacimiento o ascendencia italiana o española.